

El canto del cisne del inmigrante



La inmigración puede resolver el dilema demográfico, pero no sin las políticas adecuadas

Giovanni Peri

El debate sobre la inmigración suele centrarse en la cultura, la identidad y la economía. En países como Australia, Canadá y Estados Unidos, en los que muchos inmigrantes —en especial los que se han desplazado por motivos económicos— se incorporan con rapidez a la fuerza laboral, el argumento a favor de más inmigración gira en torno a sus posibles beneficios económicos. Las investigaciones muestran que la inmigración no reduce la intensidad de uso de capital de la economía, sino que permite que las empresas se expandan y adapten sus inversiones, y que también fomenta la innovación y el crecimiento, sobre todo cuando se admite a inmigrantes altamente calificados. Además, existe poca evidencia de que la inmigración desplace puestos de trabajo o deprima los salarios en los países receptores (véanse por ejemplo, Lewis y Peri, 2015 y Peri, 2016).

Aun así, el debate sobre la inmigración no suele prestar mucha atención al talón de Aquiles del Norte global: sus factores demográficos. La fertilidad en estos países es actualmente de 1,7 y en torno a 1980 cayó por debajo de la tasa de reposición, es decir, el nivel en el que una población se repone completamente de una generación a la siguiente. Así pues, la diferencia entre nacimientos y defunciones provocaría la disminución de la población y un importante aumento de la edad promedio en el Norte. Ambos factores podrían desestabilizar los mercados laborales, amenazar la sostenibilidad fiscal de los sistemas de pensiones y ralentizar el crecimiento económico, a menos que la inmigración neta total compense esta disminución.

Estas persistentes tendencias históricas tienen consecuencias ineludibles en términos de población. Entre 1950 y 2010, en las regiones ricas del Norte la población aumentó gracias a la inmigración neta, y desde 1990 la inmigración ha sido la principal fuente de crecimiento de la población del Norte. En Europa,

la inmigración aportó el 80% del crecimiento de la población entre 2000 y 2018, mientras que en América del Norte representó el 32% en ese mismo período.

La cuestión de fondo es que solo la inmigración neta puede garantizar la estabilidad o el crecimiento de la población en las economías avanzadas del Norte que están envejeciendo, y esto solo sucederá si fomentamos políticas de inmigración orientadas hacia el futuro que permitan un mayor número de inmigrantes y consideren su impacto a largo plazo, en lugar de centrarse solo en el cálculo a corto plazo de sus costos (principalmente políticos).

¿Inmigrantes que reemplazan a locales?

Si bien estas tendencias generales sugieren un papel importante de la migración internacional en la reducción de las disparidades demográficas, cabría preguntarse si actúan de forma sistemática para desacelerar la disminución de población en el Norte. En otras palabras, ¿están reemplazando los inmigrantes a la cada vez menor población local de los países? Un examen más detenido sugiere que no.

Para que la migración internacional responda a las presiones poblacionales y actúe como estabilizador demográfico automático, las personas deberían desplazarse desde países jóvenes con poblaciones en rápido crecimiento hacia países en envejecimiento con un lento crecimiento de la población. El gráfico 1 muestra la correlación entre la tasa de fecundidad en 2000 y las subsiguientes tasas de inmigración neta desde 2000 hasta 2019 (entradas netas de nacidos en otro país dividido por la población en 2000) en 191 países para los que se dispone de datos. El tamaño de la burbuja es proporcional a la población del país en 2000. Para que la migración actúe como estabilizador demográfico entre los países, tendría que existir una correlación negativa entre estas dos variables en los países.



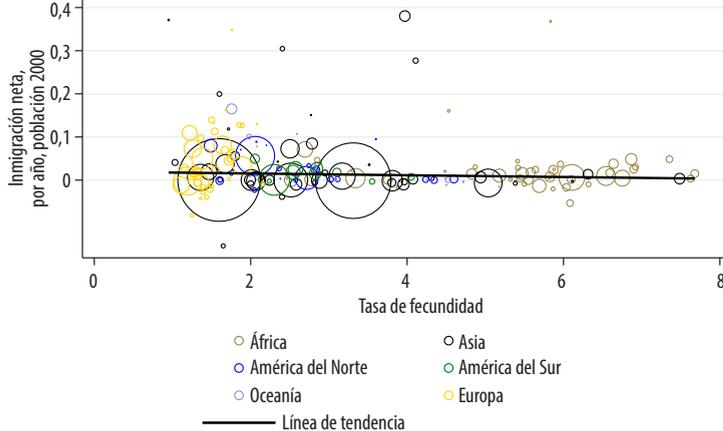


Gráfico 1

Fertilidad e inmigración

Los países con bajas tasas de fecundidad en el año 2000 no registraron un aumento de la tasa de inmigración en los 20 años siguientes.

(inmigración neta, 2000–2019 vs. tasa de fecundidad en el año 2000)



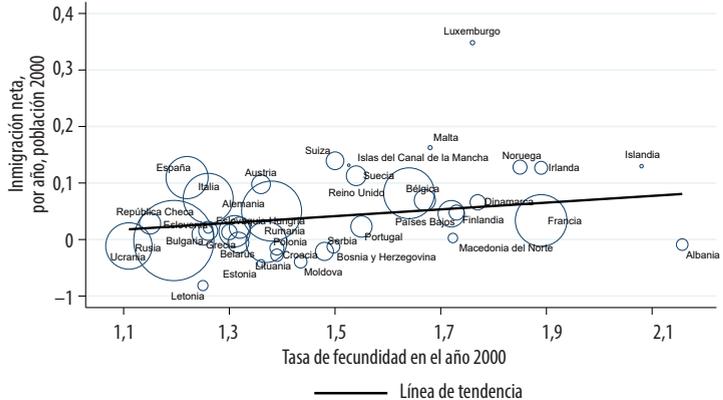
Fuente: Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas, División de Población Mundial.

Gráfico 2

El foco en Europa

Varios de los países de menor natalidad registraron bajas tasas de inmigración entre 2000 y 2019.

(inmigración neta, 2000–2019, vs. tasa de fecundidad, Europa)



Fuente: Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas, División de Población Mundial.

En cambio, el gráfico no muestra ningún tipo de correlación, lo que implica que los países con tasas de fecundidad bajas en 2000 no registraron un aumento de la tasa de inmigración en los 20 años siguientes. Por lo tanto, la inmigración no tuvo influencia en el equilibrio del crecimiento de la población de los países.

El gráfico 2 se centra en los países de Europa, que incluyen algunos de los más ricos con las tasas de fecundidad más bajas del mundo. Incluso en este caso, la relación entre

fecundidad e inmigración, más bien, es positiva. En el gráfico se observa que varios de los países con las tasas de fecundidad más bajas (principalmente en Europa Oriental y Meridional) registraron bajas tasas de inmigración. Algunos de estos países, como Hungría y Polonia, han elegido recientemente gobiernos marcadamente hostiles hacia los inmigrantes. Resulta bastante evidente que, en el Norte rico, las tasas de fecundidad más bajas no favorecen, por sí mismas, una mayor inmigración. En África, la región con las mayores tasas de natalidad, tampoco hay correlación entre las tasas de fecundidad y de inmigración.

Por tanto, no parece que, dentro de un país, la migración internacional actúe como estabilizador de la población. Esto se debe a que, en ausencia de políticas orientadas hacia el futuro, no existe un enfoque concreto para que las sociedades en proceso de envejecimiento —que se estancan económicamente, son menos innovadoras y posiblemente tengan temor a los cambios que pueden provocar los inmigrantes— atraigan más inmigrantes. Esto implica que la inmigración no resolverá automáticamente el dilema demográfico en todo el Norte, sino que las políticas deben desempeñar un papel activo para contribuir a que sí lo resuelva.

Los beneficios económicos

El flujo de inmigrantes hacia países cuya población está disminuyendo no solo serviría para evitar la despoblación, sino que también ayudaría a mejorar la estructura etaria del país. Los migrantes suelen ser más jóvenes que la población local del país receptor. El porcentaje de inmigrantes en edad de trabajar es mayor que el de la población local. Por tanto, los nuevos inmigrantes aumentan el tamaño de la fuerza laboral, contrarrestando la disminución natural de dicha fuerza de trabajo en las economías avanzadas del Norte, donde la población mayor está saliendo de ese grupo etario más rápido de lo que están ingresando los jóvenes.

De forma similar, un porcentaje más alto de inmigrantes en edad de trabajar puede reducir la tasa de dependencia (el número de personas de más de 65 años dividido por el número de personas entre 15 y 64 años), que está creciendo con rapidez en las economías avanzadas. En Estados Unidos, esa tasa se incrementó de 0,126 en 1950 a 0,223 en 2018, y en Japón ha aumentado de 0,09 en 1960 a 0,46 en 2018.

También es cada vez más difícil sostener los sistemas jubilatorios de reparto en estos países de rápido envejecimiento, que en solo unas décadas han pasado de tener 10 trabajadores por jubilado a solo tres o cuatro. Una mayor inmigración, sobre todo en países de rápido envejecimiento, contribuiría a desacelerar el crecimiento de la tasa de dependencia. Si bien los inmigrantes acabarán envejeciendo, la afluencia de jóvenes en edad de trabajar

durante los años de mayor descenso de la población local permitirá una transición gradual y más manejable.

El hecho de que las personas emigren cuando son jóvenes es también la razón por la que diversos estudios concluyen que los inmigrantes realizan una contribución fiscal positiva a lo largo de sus vidas (Orrenius, 2017). Que el efecto fiscal neto sea positivo depende, indudablemente, de la capacidad de los inmigrantes de integrarse en el mercado laboral y ofrecer las cualificaciones demandadas. En cualquier caso, el potencial de los inmigrantes de mejorar el balance fiscal del país receptor es real. Por ejemplo, en Estados Unidos, donde las tasas de empleo de los inmigrantes son altas y un gran porcentaje tiene un alto nivel educativo, se estima que la contribución fiscal promedio a lo largo de la vida de un inmigrante llegado en los últimos 10 años es de USD 173.000.

Los inmigrantes también apuntalan la evolución demográfica de las economías avanzadas porque su tasa de fecundidad es mayor que la de la población local. En Estados Unidos, la tasa de fecundidad total de la población local era 1,76 hijos por mujer en 2017, mientras que la de los inmigrantes era de 2,18. La presencia de inmigrantes contribuye a mantener la fertilidad en Estados Unidos en niveles cercanos a la tasa de reposición.

Desde la perspectiva del Sur, la aplicación de políticas que permitan una mayor migración al Norte contribuiría a reducir las presiones demográficas en países con altas tasas de natalidad. Si bien la emigración de personas con alto nivel educativo (la denominada “fuga de cerebros”) podría tener efectos negativos en los países de origen, varios estudios muestran que las remesas, la migración de retorno y la “ganancia de cerebros” son canales que posiblemente tengan efectos beneficiosos. Las investigaciones muestran que las tasas más altas de emigración se dan en los países de renta media, y no en los más pobres. Cuando las personas están atrapadas en una situación de subsistencia, carecen incluso de la liquidez básica que se necesita para invertir en emigrar o conocer las oportunidades en el exterior. Por tanto, un aumento de la inmigración hacia el Norte beneficiaría a los países de renta media cuya población tiene más posibilidades de aprovechar estas oportunidades.

Envejecer con dignidad

Así pues, desde un punto de vista demográfico, parece conveniente un aumento de los flujos inmigratorios, en especial de gente joven, hacia economías avanzadas del Norte. Se reduciría la disminución de la población, se evitaría la reducción del tamaño de la fuerza laboral, se mejorarían las tasas de dependencia de las personas mayores y se generarían beneficios fiscales positivos. Desde la perspectiva de las políticas públicas, esto significa

aumentar la cifra permitida de inmigrantes, reducir otras restricciones a la inmigración y planificar futuros flujos de entrada.

Sin embargo, en los últimos años Estados Unidos y Europa han endurecido sus políticas de inmigración y mostrado un escepticismo creciente hacia los inmigrantes. Resulta interesante que una de las razones de esta oposición a la inmigración se encuentre en los propios factores demográficos.

Existe cada vez más evidencia de que las sociedades en envejecimiento son más reacias a políticas de inmigración receptivas, y que las personas mayores tienen sistemáticamente actitudes más negativas hacia los inmigrantes que la gente joven (Schotte y Winkler, 2014). Esto resulta paradójico, ya que se trata del grupo que más se beneficiaría de la inmigración: el sistema de pensiones tendría una trayectoria más sostenible, los trabajadores inmigrantes no representan una amenaza a sus puestos de trabajo y además trabajan en servicios que habitualmente están dirigidos a ellos, como es la prestación de cuidados.

Aun así, la buena noticia es que estas actitudes negativas se deberían más a diferencias generacionales que al simple efecto de “envejecer”. Una falta relativa de exposición a los inmigrantes entre las actuales generaciones mayores en Europa y Estados Unidos podría ser la razón de estas actitudes. En Europa, por ejemplo, las encuestas sugieren que los mileniales y la generación Z tienen opiniones más positivas sobre la inmigración que las generaciones de más edad. Como las actuales generaciones más jóvenes están expuestas a una mayor inmigración, si mantienen estas actitudes a medida que vayan envejeciendo y si aumenta su número de votos, podrían apoyar políticas de inmigración más abiertas. De esta forma, podría materializarse plenamente el dividendo demográfico positivo que resulta de la inmigración. **FD**

GIOVANNI PERI es profesor de Economía y Director del Global Migration Center de la Universidad de California, Davis.

Referencias:

Lewis, E., y G. Peri. 2015. “Immigration and the Economy of Cities and Region.” In *Regional and Urban Economics* (vol. 5 en *Handbooks in Economics*), editado por G. Duranton, J. V. Henderson y W. C. Strange, 625–85. Amsterdam: North-Holland.

Orrenius, P. M. 2017. “New Findings on the Fiscal Impact of Immigration in the United States.” Working Papers 1704, Federal Reserve Bank of Dallas, Dallas, TX.

Ortega, F., y G. Peri. 2016. “The Effect of Income and Immigration Policies on International Migration.” En G. Peri, *The Economics of International Migration* (vol. 49 en *World Scientific Studies in International Economics*), 333–60. Singapur: World Scientific.

Peri, G. 2016. “Immigrants, Productivity, and Labor Markets.” *Journal of Economic Perspectives* 30 (4): 3–30.

Schotte, S., y H. J. Winkler. 2014. “Will Aging Societies Become More Averse to Open Immigration Policies? Evidence across Countries.” SSRN Working Paper Series. <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.2535006>.